

LA CRISIS Y LA ESTRATEGIA BURGUESA DE DESARROLLO EN MEXICO*

Josefina MORALES**

RESUMEN: Se examina la crisis económica de los años setenta y la estrategia burguesa frente a ella, desde la perspectiva histórica de la crisis general en una economía subdesarrollada ya en la fase del capitalismo monopolista de Estado. La estrategia burguesa para enfrentar la crisis desde la perspectiva cíclica, expresada en los múltiples planes y programas de desarrollo, se sustenta en una interpretación que considera a la crisis producto del agotamiento de un modelo de desarrollo; persigue un crecimiento con inflación y tiene como eje del mismo a la producción petrolera. Esta estrategia es la expresión de las formas que requiere el capitalismo monopolista de Estado para fortalecer el mecanismo único de acumulación que conforman el capital monopolista privado, nacional y extranjero, y el Estado. La recuperación de la fase depresiva del ciclo en los últimos años basada en la petrolización de la economía trae consigo nuevos desajustes y desequilibrios y arrastra los viejos problemas estructurales del subdesarrollo.

En 1976 se hizo evidente que México, cuya economía se desenvuelve ya en la fase del capitalismo monopolista de Estado, había entrado en la crisis más grave de su historia reciente: el producto interno aumentó apenas 2.1%, disminuyendo la producción por habitante; la producción agrícola no lograba mantener una tasa constante de

* Ponencia presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, efectuada en la ciudad de La Habana, Cuba, del 26 al 30 de abril de 1981.

** Investigadora del IIEc-UNAM.

crecimiento, la incapacidad mostrada desde 11 años atrás para seguir el ritmo de la población se agudizaba con la baja de su producción en algunos años; la producción industrial apenas se incrementó al 3.5%, casi la mitad de su tasa de crecimiento en la década anterior; la construcción y el comercio y los servicios tuvieron tasas negativas. El desequilibrio crónico de la balanza de pagos incrementaba año tras año el déficit en cuenta corriente.

La inversión, que en el sexenio 1970-76 había mostrado una baja tasa de crecimiento agudizaba su disminución en el último año, en particular la privada, obligando al Estado a elevar la suya para impedir una recesión aún mayor. La deuda pública había aumentado al mayor ritmo de los últimos años y alcanzaba ya los 20 mil millones de dólares, las finanzas estatales mostraban un déficit cada vez más alto y el circulante y los medios inflacionarios de pago se incrementaban.

La gravedad de la crisis se mostraba con el crecimiento explosivo de la inflación que pasó del 5% en 1972 al 15.7% en 1976 y alcanzó el 28% al año siguiente. La situación obligó a una devaluación alrededor del 100% que estableció, además, la llamada flotación del peso que lentamente realiza ajustes devaluatorios.

Si la crisis mostraba las agudas contradicciones de la reproducción capitalista, con no menos gravedad y dramatismo señalaba la explotación de los trabajadores y su miseria creciente sobre la que descansa. Mientras avanzaba como nunca antes el proceso de concentración y centralización del capital, la conformación de no más de treinta a cuarenta grupos financieros, los trabajadores veían disminuir su poder adquisitivo por la inflación y el desempleo y el subempleo alcanzaba, oficialmente, más del 7% de la población económicamente activa el primero y cerca del 50% el segundo.

El carácter global de la crisis mostraba el creciente y desigual deterioro de los mecanismos burgueses de control del movimiento obrero y de masas y de la ya de por sí limitada representatividad del sistema democrático burgués que se reflejaba, entre otras cosas, en un abstencionismo electoral en aumento; todo ello configuraba una crisis política que se aunaba a una ideológica ante la cada vez mayor disparidad entre los supuestos propósitos burgueses del interés nacional y el incansante deterioro del nivel de vida y la intensificación de la explotación de los trabajadores. La burguesía mostraba contradicciones para enfrentar la crisis, «de la crisis de conciencia se pasó a la conciencia de la crisis». «Heredo un país en crisis», señalaba López Portillo en sus primeros discursos.

La estrategia oficial de desarrollo

Frente a la crisis la burguesía mexicana a través del Estado contrapuso una estrategia de desarrollo para el capitalismo mexicano. Dicha estrategia, presentada oficialmente en los tres primeros años de este sexenio 1977-80, tiene como objetivo lograr un crecimiento sostenido con inflación moderada, con la producción petrolera como eje o pivote de este crecimiento. Esto, se señala oficialmente, permitiría al país atacar sus problemas estructurales más graves como la dependencia, el desempleo de la fuerza de trabajo y la desigual distribución del ingreso.

La interpretación oficial establece que la crisis se debe al agotamiento de un «modelo» sustentado básicamente en una política económica, correcta cuando se inició pero errónea en estos días, que dio preferencia a un desarrollo industrial proteccionista dirigido hacia el mercado interno; orientó la producción a la sustitución de bienes de consumo; limitó la productividad y la capacidad competitiva de la industria en el mercado internacional; abandonó el campo, profundizó la dependencia financiera y tecnológica, provocó el déficit creciente del Estado, el desequilibrio de la balanza de pagos, el endeudamiento público; no generó empleos suficientes, agudizó el desequilibrio regional, permitió el crecimiento de los oligopolios y una excesiva intermediación comercial que incide sobre el aumento de los precios.

La estrategia oficial pretende alcanzar cambios significativos en la estructura productiva y de la ocupación que permitan satisfacer las necesidades internas de los productos básicos de consumo masivo, impulsar una producción manufacturera de exportación, el desarrollo de un sector de bienes intermedios y de capital y suavizar la tendencia de una rápida proletarianización y expulsión del campesinado hacia las ciudades, reteniendo a éste en el campo.

El producto interno bruto para 1982 debería integrarse en más de un 40% por la producción industrial, las actividades agropecuarias participarían con el 7.5% y los servicios y comercio con el 51.8%. Los cambios más significativos dentro de la estructura industrial permitirían que el petróleo elevara su participación en el PIB del 2.6% en 1980 al 6.8% en 1982; la construcción, cemento y vidrio del 8.9% al 11.0%. Las manufacturas se mantendrían alrededor del 23.5%, pero la química, petroquímica secundaria, fertilizantes y farmacéuticas se elevarían del 2.8% al 3.9%; la maquinaria eléctrica pasaría del 1.4 al 2.2%, las metálicas básicas y metalmecánica del

5.4 al 6.5%, el transporte y la industria automotriz del 5.1% al 6.5%, en particular la última pasaría del 1.9 al 2.8%; y, por último, la producción de bienes de consumo bajaría sensiblemente su contribución al producto interno.

Lo anterior requiere tasas altas de crecimiento: 8.0% del producto interno bruto, 4.0% de las actividades agropecuarias, 9.4% de la minería, 14.0% del petróleo y petroquímica básica, 10% de las manufacturas, 13.5% de los bienes durables y de capital; 11.1% de la construcción, 10.7% de la electricidad y 9.5% de las comunicaciones y transportes.

Los objetivos señalados, a su vez, exigen tasas elevadas de acumulación. La inversión fija bruta debería representar el 27% del producto interno bruto, la productiva, en particular, el 14.0%. Esta inversión demanda un financiamiento mayor que se propone obtener, en sus dos terceras partes, por lo menos, de los recursos internos.

En la estructura de la ocupación para 1982 se prevé la participación de la población económicamente activa en las actividades primarias con un 33%, las industriales con el 30.5% y el comercio y los servicios con el resto.

La estrategia, en lo que a programación se refiere, parte de una interpretación *sui generis*, capitalista por supuesto, de la planeación, en la que los objetivos y metas propuestos así como las acciones para lograrlos sólo obligan al Estado —en los tres últimos años de este gobierno y sin la existencia de mecanismos que garanticen el cumplimiento de los mismos— e invitan al capital privado, nacional y extranjero, a intervenir en los planes y programas establecidos. Por otra parte, la acumulación descansa en el cada vez mayor entrelazamiento del capital privado cuya participación cubre entre el 55 y 60% de la inversión total y el capital estatal con inversiones correspondientes al 40-45% restante.

El capital privado participará en las actividades más dinámicas y de más alta rentabilidad inmediata: ganadería, pesca, química, petroquímica secundaria, construcción, metalmecánica, comercio y servicios. Al Estado toca, por su parte, intentar atenuar los desequilibrios más graves, las deformaciones más aberrantes, invirtiendo y haciéndose cargo de la solución de los llamados «cuellos de botella» —producción de alimentos, transporte, generación de electricidad, infraestructura urbana—; proporcionar los insumos industriales fundamentales como energéticos y siderurgia; impulsar, entre otras, la producción de bienes intermedios y de capital, al ser hoy el mayor demandante del país, y la construcción, donde realiza el 90% de las obras.

El crecimiento tiene como eje a la producción petrolera, tanto por lo que significará como recursos financieros —la exportación en el periodo representará cerca de un billón de pesos para el Estado— como por sus repercusiones en la demanda de bienes e insumos industriales y, al mismo tiempo, como proveedor del 90% de la energía que se consume y dilapida en el país.

El otro aspecto importante de la acción gubernamental es la producción de alimentos, en particular de maíz y frijol, ya que este país antaño exportador agrícola, se ha convertido en un importador de granos básicos: en 1980 se importaron más de 10 millones de toneladas de granos y, por primera vez en más de veinte años, se presentó un déficit en la balanza agropecuaria.

La producción de granos descansará en la intervención del Estado para incrementar la producción de tierras de temporal, asegurando la misma, ofreciendo insumos aún más baratos a toda la actividad agropecuaria, al mismo tiempo que se impulsará la participación del capital privado en las tierras ejidales de riego.

Los grandes problemas estructurales de la dependencia, el desempleo y la desigual distribución del ingreso, se solucionarían, se dice, con este crecimiento que permitiría equilibrar la balanza de pagos hasta llegar a un déficit no mayor del 1% del producto interno bruto, generar un crecimiento del empleo de 2.2 millones de nuevas plazas lo que a su vez ayudaría a aumentar el ingreso de los trabajadores y reducir el subempleo y el desempleo.

Complementariamente, la actividad del Estado en cuanto a desgravación fiscal de los ingresos menores, la atención educativa del primer ciclo a todos los niños en edad escolar, la reducción del monolingüismo de los niños indígenas, la reducción del analfabetismo a la mitad del índice actual —20% de la población adulta—; el incremento de la investigación tecnológica y la elevación de la enseñanza superior, así como la acción planteada para atender a las llamadas «zonas marginadas» que señalan 10 millones de mexicanos en condiciones de miseria extrema, coadyuvarían a mejorar la desigual distribución del ingreso.

La recuperación petrolizada

Los resultados globales de 1980 señalan que el producto interno creció 7.5%, la agricultura en particular 7.0%, la industria manufacturera 5.6% y dentro de ésta tuvieron serios problemas la textil, la alimentaria y la siderúrgica. La producción petrolera y la petro-

química se incrementaron un 17.5%. El desequilibrio comercial y en cuenta corriente mantuvo su creciente déficit a pesar de la exportación petrolera. La inversión aumentó 15.5% con una mayor tasa de la inversión estatal y en conjunto el coeficiente inversión/producto interno alcanzó el 25.6%. El financiamiento no pudo ser satisfecho internamente y la deuda pública se incrementó en 4 350.4 millones de dólares y la privada en 1 287 millones de dólares.

La contraparte del tipo de crecimiento postulado en la estrategia burguesa, la inflación, se disparó completamente y del 18.2% de 1979 saltó al 29.8%.

A la luz de estos resultados, la burguesía y el Estado festejan el éxito de su estrategia, la recuperación de la crisis con las tasas de crecimiento mayores al 7% por tres años consecutivos, aunque, se señala, sólo queda el problema de la inflación. Detrás de este festinar está el aumento sin precedente en las ventas y utilidades de los grandes monopolios privados, nacionales y extranjeros, que explotan a los trabajadores de este país. En 1979, por ejemplo, las 500 empresas más grandes tuvieron ventas por más de un billón de pesos, el equivalente al 62% del producto interno. En los años de recuperación los grupos financieros han tenido un crecimiento explosivo y es cada vez mayor su asociación con el capital extranjero.

La estrategia burguesa se concibe así no sólo como una alternativa de recuperación frente a la crisis, sino más ambiciosa todavía, como una vía para salir del subdesarrollo, la dependencia y el atraso. La economía mixta, que no es más que el reconocimiento burgués del funcionamiento del capitalismo monopolista de Estado, se señala como la mejor garantía del desarrollo. Permite un crecimiento armonioso, equilibrado, sin graves contradicciones insalvables, que se basa en el funcionamiento regulador y orientador del Estado; el crecimiento de la acumulación privada, nacional y extranjera. Dicho desarrollo se desenvuelve, además, en medio de una estabilidad política y progreso asegurados por el Estado con la «alianza para la producción». Esta alianza significó para los trabajadores que sobre ellos recayera el peso de la recuperación con los incrementos en la productividad y contención de sus demandas salariales al mismo tiempo que la inflación reducía drásticamente sus ingresos.

La dependencia es concebida sólo como financiera y producto de la incapacidad de generar divisas que llevó al endeudamiento explosivo y al agudo y crónico desequilibrio de la balanza de pagos. Frente a ella el «salvavidas» del petróleo se concibe por la burguesía como la base de una supuesta capacidad autofinanciera y, sobre todo, como un medio a través del cual el Estado pueda «negociar la de-

pendencia», de tal manera que la favorezca para lograr mejores términos de asociación con el capital extranjero, mejorar sus condiciones de exportación e importación; esto en momentos en que las contradicciones interimperialistas se agravan y se agudizan las desigualdades entre los países subdesarrollados y los imperialistas.

Sin embargo, los resultados de 1980 no sólo ilustran la recuperación económica, sino que muestran precisamente con ello la persistencia y agravamiento de viejos y nuevos problemas estructurales característicos del subdesarrollo que llaman la atención sobre la fragilidad del crecimiento, su inestabilidad y la existencia de una crisis mucho más profunda que una simple recesión.

Entre los problemas más agudos se encuentran, en primer lugar, la inflación crónica y creciente, el déficit financiero del sector público que se calcula para este año alrededor de 220 mil millones de pesos a pesar de las crecientes aportaciones del petróleo que el año pasado representaron más de 136 mil millones. El déficit de la balanza en cuenta corriente que sobrepasó los 6 mil millones de dólares, al que contribuyó decisivamente el incremento de la deuda externa y la creciente inversión extranjera que requirieron pagos al exterior por 5 778 millones de dólares y, por otra parte, los tropiezos para aumentar la exportación manufacturera y agrícola que provocaron déficit en la balanza comercial a pesar de la exportación petrolera que significó divisas por más de 10 mil millones de dólares.

La dependencia financiera no se atenuó por ningún lado, pues si bien disminuyó el ritmo del endeudamiento estatal, la deuda pública llegó a los 34 mil millones de dólares y junto con la privada que se ha incrementado en los últimos años, constituyen una deuda externa que se encuentra entre los 45 y 50 mil millones de dólares. A ello se suma la inversión extranjera directa que alcanzó en 1980, probablemente un total de 8 000 millones de dólares y se estima que para 1981 la norteamericana se incremente en 1 200 millones y la total en cerca de 2 mil millones de dólares.

Si bien el empleo se ha elevado por segundo año consecutivo por arriba de la tasa de crecimiento demográfico, el desempleo y el subempleo no parecen eliminarse y se agudiza la necesidad de una mayor capacitación de la fuerza de trabajo.

Los cambios propuestos en la estructura productiva sólo han logrado crear nuevas deformaciones: nuestra economía, se quiera o no, se petroliza: el petróleo alcanza ya el 7.6% del producto interno bruto, representa cerca del 68% de las exportaciones, se convierte en uno de los principales aportadores del ingreso público, alrededor del 22% para este año; es el garante del endeudamiento estatal y

con la emisión de petrobonos incrementa su papel en el financiamiento.

No se resuelven los problemas de transporte y se configuran nuevos «cuellos de botella» en la estructura productiva, resultado, entre otras cosas, de la desigualdad y anarquía del crecimiento. La energía eléctrica va mostrando una incapacidad creciente de satisfacer las necesidades energéticas que aumentan a una tasa más elevada, su crecimiento está muy por debajo de lo propuesto; la industria siderúrgica apenas se elevó unos puntos y fue incapaz de abastecer las necesidades internas con lo que la importación se incrementó considerablemente. La rama automotriz se expande llevando a una irracionalidad cada vez mayor —la ciudad de México, la más grande del mundo, tiene más de dos millones de automóviles en circulación y un sistema de transporte colectivo deficiente integrado por un metro que transporta cerca de millón y medio diario de pasajeros y alrededor de 8 mil unidades de autotransporte urbano incapaces de cubrir las necesidades de la población. Por otra parte, las industrias de bienes de consumo, principalmente alimentos y textiles muestran una incapacidad para su recuperación que parece volverse crónica.

La dependencia estructural se profundiza y refleja de múltiples maneras: exportación en más de un 60% a los Estados Unidos, importación creciente de bienes de capital y tecnología, incremento del financiamiento exterior y, en particular la creciente inversión extranjera directa que en asociación con el capital mexicano a través de la mal llamada mexicanización controla las ramas más dinámicas de la industria manufacturera y, con ello la exportación de las manufacturas.

Todo lo anterior no hace más que evidenciar las contradicciones en que se desenvuelve el capitalismo del subdesarrollo mexicano en su fase actual. Debajo de lo cual, como sabemos, se encuentra la contradicción fundamental del sistema capitalista que no hace más que incrementar la explotación de los trabajadores y la concentración de la riqueza en pocas manos.

El alcance histórico de la crisis

Señalar la recuperación cíclica como salida de la crisis es, por supuesto, una manera de hablar. Si se entiende como crisis sólo el momento que precede a la caída cíclica de la producción, es cierto que la producción se ha recuperado aunque con desigualdades profundas, graves desequilibrios y tendencias a la baja en la tasa de

crecimiento. Sin embargo, la caída cíclica no es el centro mismo de la crisis, tampoco son, por consiguiente, las modalidades que adopta el ciclo económico en la fase actual de la crisis general. Si por otra parte se entiende la dependencia sólo como una financiera provocada por la incapacidad de generar divisas, hemos visto que ésta, aún mal entendida, no puede eliminarse ni con el incremento sustancial de la exportación petrolera.

Lo que está detrás de esta concepción burguesa de la crisis y de capitalismo de poder resolver las contradicciones de su propio desarrollo, de sobrepasar históricamente el subdesarrollo por más buenas declaraciones que se realicen.

Lo que está detrás de esta concepción burguesa de la crisis y de su estrategia para salir de ella y alcanzar el desarrollo por la vía reformista, es el desarrollo de la contradicción fundamental en esta fase del capitalismo monopolista de Estado, son las formas y mecanismos que adopta hoy la reproducción capitalista que se desenvuelve cada vez con mayores contradicciones y obstáculos para la acumulación y que requieren de un mayor entrelazamiento del capital monopolista privado, nacional y extranjero, con el Estado para garantizar mayores tasas de ganancia y mayor concentración.

La trabazón indisoluble, histórica, de la relación dialéctica del imperialismo/subdesarrollo, se desenvuelve y profundiza con mayor complejidad. La internacionalización es más compleja en medio de la crisis general que en esta etapa se expresa globalmente en la crisis financiera, monetaria, energética, alimenticia, social, ideológica, económica y política. Lleva a nuevas formas de la división del trabajo que señalan, entre otras cosas el control de alimentos por el imperialismo norteamericano y una agricultura en crisis crónica en casi todos los países subdesarrollados; al llamado “redespliegue industrial” que traslada a nuestros países industrias ya obsoletas en el desarrollo o de bajas tasas de ganancia que requieren para elevarla de la mano de obra barata de nuestros pueblos, la explotación de las materias primas de nuestros países y la descapitalización creciente de nuestras economías.

El Estado, cuya intervención en el proceso de acumulación es ya un hecho histórico que no puede revertirse por más políticas neoliberales declarativas que sustentan el retiro de la participación estatal en el proceso económico y su reducción al gendarme burgués —fielmente cumplido por cierto en todos los países y en particular en los regímenes genocidas militares del cono sur de nuestro continente— se entrelaza cada vez más con el capital monopolista en el proceso de acumulación.

En México, en particular, la configuración de ese mecanismo único de acumulación que conforman el capital monopolista privado, nacional y extranjero con el capital estatal, fue la base del crecimiento acelerado de los grupos financieros en la década pasada.

El Estado cubre cerca de la mitad de la inversión nacional, se responsabiliza de la producción industrial básica como petróleo, electricidad, fertilizantes, más de la mitad de la siderurgia, así como de la infraestructura necesaria; actividades todas ellas que requieren de grandes inversiones de largo plazo y que la burguesía no está interesada en realizar. Regula asimismo el mercado financiero y proporciona financiamiento barato a través de múltiples fideicomisos.

Proporciona subsidios enormes a través de insumos baratos —el consumo petrolero cuyo precio en el país es uno de los más bajos del mundo se ofrece con un 30% aún más bajo a las nuevas industrias, casi todas ellas con alta participación de capital extranjero, que se instalen en las nuevas zonas petroleras.

El Estado se ha convertido en uno de los principales consumidores del país, el gasto estatal representa ya cerca del 40% del producto interno. Es el principal constructor con lo que impulsa una de las actividades más dinámicas que se concentra en el capital monopolista nacional; a su vez es el mayor demandante de la incipiente industria de bienes de capital que se configura, repetimos, con el entrelazamiento del capital monopolista privado, nacional y extranjero, con el estatal; este último en forma minoritaria para garantizar los estímulos diversos para la producción y la realización efectiva de la misma.

Lo anterior ha llevado al Estado a ser el patrón directo de más de dos millones de trabajadores, incrementando en estos años de crisis el aparato burocrático. A su intervención en la generación de empleo el Estado agrega el establecimiento de la política salarial y de precios.

Por otra parte, a través del Sistema Alimentario Mexicano y de las medidas tendientes a atenuar la llamada desigual distribución del ingreso, a proporcionar el consumo básico de la población, contribuye a abaratar la reproducción de la fuerza de trabajo como a facilitar la realización de la producción.

A todo lo anterior se suma el papel que el Estado mexicano desempeña con su política interna de mediatización y control, a través de la reforma política y el pretendido pluralismo, del cual jamás ha estado ausente la represión directa, que desvía la atención de los problemas fundamentales de la sociedad mexicana y, sobre todo, de la perspectiva histórica de su crisis, hacia problemas secundarios

como la apariencia de un juego democrático que es incapaz de democratizar la vida pública, de afectar la propiedad privada, la riqueza, para atenuar mínimamente la desigualdad, no digamos de llevar a una genuina democracia proletaria, imposible sin que los trabajadores tengan el poder.

Aún más, las posiciones en muchas ocasiones correctas en materia de política exterior defendiendo la autodeterminación de los pueblos, oscurecen en mucho y no hacen fácil la comprensión del verdadero papel del Estado mexicano y, en particular, de la fase que recorre el capitalismo en el país, en la que se agudiza la concentración, la contradicción entre el capital y el trabajo, el entrelazamiento del capital monopolista privado, nacional y extranjero, con el capital estatal que son hoy el eje de la acumulación de capital y por tanto de la explotación de los trabajadores.

La ubicación histórica del desenvolvimiento de la contradicción principal, de la acumulación capitalista, de la dialéctica del imperialismo/subdesarrollo, del papel del Estado burgués y, fundamentalmente de la crisis, nos permitirá comprender correctamente la inestabilidad y la fragilidad de ese crecimiento, los objetivos de esa estrategia verdaderamente revolucionaria que a través de la lucha antimperialista de nuestros pueblos por su liberación y el socialismo, lleven a los trabajadores a ser dueños de su propio destino y forjadores de su propia historia.

SUMMARY: The economic crisis of the 1970's and the bourgeois response to it in Mexico is examined from the historical vantage point of an underdeveloped economy already inserted in the phase of State monopoly capitalism. The bourgeois strategy for confronting the crisis from a cyclical perspective, expressed in a number of programs and development plans, interpretes the crisis as a result of the exhaustion of a development growth model; now pursued is economic growth with inflation, based

RÉSUMÉ: C'est dans le cadre historique de la crise générale dans une économie sous-développée qui se trouve dans la période du capitalisme monopoliste d'Etat que la crise économique des années 1970 et la stratégie bourgeoise face à celle-ci est étudiée. La stratégie bourgeoise pour faire face à la crise une perspective cyclique, exprimée dans plusieurs plans et programmes de développement, s'appuie sur une interprétation de la crise en tant que conséquence de l'épuisement d'un modèle de développement. Elle a comme but

on oil exploitation. This strategy is an expression of the forms required by State monopoly capitalism to strengthen the shared accumulation process of private, national and foreign monopoly capital and the State. The recuperation from the depressive stage of the cycle, premised on the petrolization of the economy, brings with it new disequilibria and maladjustments, alongside the structural problems of underdevelopment which continue to persist.

une croissance avec inflation et fait tourner cette croissance autour de la production de pétrole. Cette stratégie est l'expression des formes dont le capitalisme monopoliste d'Etat a besoin afin de fortifier le mécanisme unique d'accumulation, composé par le capital monopoliste privé, national et étranger, et l'Etat. L'issue de la phase de dépression économique pendant ces dernières années, réussie grâce à la pétrolisation de l'économie, implique de nouveaux désajustements et des déséquilibres et traîne également les anciens problèmes structurels du sous-développement.